greso y el Supremo Gobierno le han dirigido á nombre de la Nación que representa.

"Libertad y Reforma. México, Mayo 22 de 1863.—*Blanco.*—C. General J. González Ortega.—Puebla de Zaragoza."

La aprobación de la conducta de González Ortega, en sus actos y determinaciones referentes á la defensa de la heroica Zaragoza, fué un homenaje de admiración tributado al valor, no menos que un acto de estricta justicia, acordado á quienes supieron con su ejemplar manejo dejar bien puesto el nombre de la Nación, rodeándolo de las consideraciones y prestigio que ministran á los grandes hechos, la abnegación, el honor y el patriotismo.

Desde cualquier punto de vista que se juzgue ese tan memorable asedio, siempre ofrecerá al análisis de los espíritus rectos y sinceros, y á la contemplación de las almas elevadas, absortas en el ideal y que se inspiren en la santa religión del amor á la patria, el espectáculo conmovedor de un pueblo carente de recursos y desamparado, que es agredido injustamente de una manera pirática, y que sin contar los elementos de defensa con que le brinda su suelo, ni los enemigos contra quienes tiene que combatir, se lanza sereno á la pelea, prefiriendo antes la muerte que la humillación y el sacrificio de su honra, de su libertad é independencia.

Ese pueblo y sus hijos esclarecidos que han sabido conducirlo por el sendero de la gloria á la inmortalidad del vencimiento, son dignos de la fama y de un solemne apoteosis; en ese caso se encuentra González Ortega, quien como es notorio no era desconocido en nuestros fastos militares ni en la historia de nuestros insignes demócratas.

Campeón esforzado de las ideas de progreso y reforma, supo pregonar la bondad y excelencia de ellas por medio de la tribuna y la prensa, poniéndolas en práctica antes que aparecieran en alguna otra parte de la República, en el Estado de Zacatecas, su país natal, en esa fracción de nuestro territorio ilustrada con portentosas hazañas, y donde rodaron las cunas de Francisco García y Miguel Auza, de Fernando Calderón y D. Luis de la Rosa: patriota intrépido, enemigo de la tiranía y del exclusivismo de las clases llamadas privilegiadas, venció á los colosos de la reacción, Miramón y Márquez, en diversas ocasiones y en distintos campos de batalla; dió de baja á ese

ejército permanente, eterno fautor de asonadas y rémora constante para el progreso de la República; y magnánimo y generoso, puso en libertad varias ocasiones á sus enemigos vencidos, una vez que propuesto el canje, su adversario se negó torpemente á aceptarlo.[1]

No siendo militar de profesión sino ciudadano libre é independiente, había venido (como dijo á Forey en su célebre contestación que hemos insertado en lo conducente en otra parte de este tomo), de

1 En comprobación de nuestro aserto, insertamos la siguiente interesante nota:

"División de Zacatecas y Aguascalientes.—Jefe de ella.—Ayer fué completamente derrotada por las fuerzas de mi mando la División de D. Silverio Ramírez, dejando en mi poder toda su artillería, sus trenes, más de 1,000 prisioneros y cincuenta y tantos Jefes y Oficiales que constan en la lista adjunta: la batalla se libró en la Hacienda de "Peñuelas," haciendo el enemigo una heroica resistencia durante 3 horas, hasta ver su campo cubierto de cadáveres y tendidos en él sus principales Jefes.

"El Gobierno del Estado de Zacatecas tuvo á su cargo á los prisioneros de Loma Alta, y los propuso en canje por el Excmo. Sr. General D. José López Uraga y por los demás Jefes y Oficiales que quedaron en poder del enemigo en el asalto dado á Guadalajara el 24 del mes próximo pasado. La contestación fué negativa; pero el propio Gobierno dió luego la orden de libertad absoluta y sin restricción alguna á favor de los prisioneros, extendiéndoles el pasaporte respectivo.

"Animado ahora el que subscribe de los mismos justos sentimientos de humanidad, y como una muestra del respeto á los principios del derecho de gentes, vuelve á proponer al señor General en Jefe de las fuerzas de México que operan en el Estado de Jalisco, el canje absoluto de todos los prisioneros de "Peñuelas" por el Excmo. Sr. General Uraga y demás señores Jefes y Oficiales referidos, pudiendo asegurar al citado Señor General en Jefe "que cualquiera que sea su respuesta, el infrascrito pondrá libres á los valientes cuyo canje propone," como lo ha hecho ya con el Jefe del Cuerpo Médico, D. Néstor Tellechea y sus subordinados, no obstante el recuerdo de los fusilamientos de Tacubaya; dejando á la Historia la calificación de la conducta de los Jefes de las fuerzas contendientes.

"El que subscribe, espera que el señor General en Jefe de las fuerzas mencionadas tendrá la dignación de contestarle la presente nota, y de admitir las protestas de su aprecio y consideración.

"Dios, Libertad y Reforma. Aguascalientes, Julio 16 de 1860.—*Jesús G. Ortega.*—Al Sr. General D. Miguel Miramón, en Jefe de las fuerzas que operan en el Estado de Jalisco."

Como digno complemento de lo que antecede, diremos para concluir, que Miramón rehusó el canje propuesto; que triunfante González Ortega del Jefe referido en la acción memorable de Silao, verificada el 10 de Junio de 1860, volvió á tomar prisioneros á muchos de los que había hecho en "Peñuelas:" que los volvió á poner en absoluta libertad, auxiliándolos con elementos pecuniarios para que se trasladaran al lugar que quisieran, denegado que le fué el canje que también propuso en esta vez; y que por último, en la batalla de Calpulálpam, acaecida el 22 de Diciembre del mismo año, y que dió término al Gobierno Tacubayista, halló entre las filas reaccionarias á sus eternos é ingratos enemigos, á quienes de nuevo otorgó la libertad.

centenares de leguas á ofrecer en una clase subalterna su espada y cuanto valía al Gobierno Supremo, porque éste era la emanación genuina de la voluntad popular, "y porque su defensa importaba nada menos que la defensa de la autonomía, del honor y de la independencia de México;" por lo tanto, su comportamiento en el asedio de Zaragoza es digno del mayor elogio, y más si se tiene en cuenta que desde el principio de aquél, del 31 de Marzo al 1º de Abril, el General Berriozábal primero y después el de igual clase D. Ignacio de la Llave, en su nombre y en el de varios de sus compañeros, trataron de persuadirle de la conveniencia, ó más bien, necesidad que había, según ellos, de abandonar la plaza para salvar el Cuerpo de Ejército de Oriente, *que serviría más tarde de apoyo á las instituciones democráticas y de defensa á la independencia nacional.*

Su contestación fué tan digna como patriótica, pues expresó terminantemente su resolución de salvar el honor de las armas de la República, no abandonando jamás la plaza á menos de que una necesidad viniera á justificar esa medida.

Un poco después, uno de los días del 21 al 22 de Abril, los Generales Berriozábal, Negrete, Antillón y Llave, asociados á otros de sus colegas, Mendoza, Paz, Mejía y Mora, volvieron á insistir cerca de él sobre el mismo objeto, alegando como motivos principales para la adopción de la medida propuesta, la escasez de víveres, la desmoralización en que *dizque* se hallaba el ejército y el temor de que éste cayera prisionero en poder de los franceses. Negrete quería se diera una batalla campal, y Llave apoyaba el proyecto del consabido abandono, en que la marcha natural de los acontecimientos del sitio los iba conduciendo á una capitulación, acto que nadie de sus compañeros estaba por celebrar.

González Ortega dió igual contestación que la anterior, manifestando con alguna vehemencia, entre muchas razones sólidas é incontestables, lo deshonroso é inconveniente que juzgaba para la República tomar aquella medida, y agregó: "que si los señores Generales tenían la convicción de la bondad suprema de lo que le proponían, que aceptaran sobre sí la responsabilidad, levantando una acta en que lo desconocieran como General en Jefe, nombrando á la persona que se creyera por conveniente."

Esas negativas rotundas, aprobadas por el Gobierno Supremo de

la Nación, obtuvieron el resultado que todos conocemos, y acerca del cual escribió Arrangoiz, historiador reaccionario é imperialista y por lo tanto, nada sospechoso, lo siguiente:

"Sesenta y dos días se defendió Puebla, plaza sin murallas, con fosos poco profundos y no por todos lados.

"Al ver que Strasburgo y Mets, dos de las más fuertes de Europa, se rindieron á los 38 días la primera y a los 72 la segunda, y que en Mets era casi igual la fuerza sitiada á la sitiadora, debe considerarse como uno de los más bizarros y más notables hechos militares de nuestros días la defensa de Puebla, en la cual un General improvisado, pues no era su carrera la militar, les dió un ejemplo que no han imitado, á los Generales Ulrich, Bazaine y á otros que han mandado plazas fuertes en la guerra franco-prusiana, destruyendo é inutilizando González Ortega, antes de rendirse, cuantas armas portátiles y cuantos cañones pudo."

Apreciaciones honrosas y altamente honoríficas se han hecho igualmente dentro y fuera de la República, y aun por los mismos franceses, imparciales y justicieros, de ese brillante episodio de una de nuestras principales guerras, elogiando á los denodados defensores de Puebla y acordando un alto tributo de admiración y alabanza á su constancia y decisión, no menos que á su arrojo y bizarría.

¡Premio justo y sobradamente merecido, que el tiempo se ha encargado de consagrar!

El mismo Forey, en el parte respectivo que rindió á su Gobierno, confesó que la escasez de víveres unida á la de municiones, determinó la rendición. Igualmente declaró que la guarnición se batió valerosamente.

Esas deposiciones procedentes del Jefe sitiador son de importáncia suma, y vienen á dar el más solemne mentís á los menguados que se obstinan en desconocer el mérito y el heroísmo de esa tan gloriosa defensa. [1]

"Los comentarios de los periódicos, dice una acreditada publica-

1 González Ortega decía el 21 de Mayo, en carta dirigida á D. Severo Cosío, Gobernador de Zacatecas:

"Mañana salgo en unión de los señores Generales mis compañeros, para Francia. No vamos desterrados á Europa, sino presos. Acepto con gusto mi destino, porque toda clase de sacrificio es pequeño cuando lo hago por mi patria."

ción de la época,[1] han venido á confirmar ese concepto: general ha sido el aplauso de los meritorios hechos de nuestros soldados.

"El *Times* de Londres asienta que los mexicanos han dado pruebas de una obstinación que muestra cuán dignos son de conservar su independencia y nacionalidad. El *Temps* de Paris, opina que al destruir el General Ortega, hasta donde le fué posible, y en virtud de una de esas resoluciones desesperadas que sugiere el patriotismo á las almas enérgicas en la última extremidad, las armas, el material y los recursos que iba á perder, consumó uno de esos actos cuyo recuerdo guarda la historia, asombrada.

"La *Iberia de Madrid*, pregona que cada fuerte tomado señala una heroica defensa, y que cada casa y cada calle ocupada son una muestra de que los mexicanos no se han olvidado que son españoles; y habla de la heroicidad, el civismo y la abnegación de que han dado pruebas.

"Por este estilo han sido las observaciones de los demás diarios, conviniendo todos en el relevante mérito de la conducta observada por el Ejército Mexicano y su digno Jefe."[2]

Este se hacía querer del pueblo por sus maneras afables, de un republicanismo culto; y de sus compañeros de armas, por su serenidad é inexorable firmeza.

El respeto que inspiraba aquel héroe, tomando con abnegación espartana y hasta con júbilo su parte en los padecimientos físicos del soldado, con quien compartía su pan desabrido y escaso, y desafiando impertérrito los horrores y riesgos de la lucha, con todas las

1 Iglesias. Revistas históricas sobre la Intervención francesa en México, tomo 2º, páginas 68 y 69.

2 En estos días, la atención general se dirige á las espantosas y terribles peripecias de la guerra ruso-japonesa, uno de cuyos principales episodios ha sido la caída de Puerto Arturo, después de un sitio memorable que duró 8 meses, y que ha sido comparado, entre los de su clase, con el famoso de Sebastopol.

Pues bien, la caída de esa formidable plaza obligó al jefe ruso que la mandaba, General Stoessel, á pedir capitulación, de acuerdo con los usos y costumbres que se observan en tales casos; mientras que González Ortega, el hombre civil, el obscuro ciudadano, ajeno á la carrera de las armas, pero rebozando entusiasmo y patriotismo, ni pidió capitulación ni obtuvo ningunas garantías, sino que, haciendo á un lado las leyes de la guerra y mirando sólo el decoro y la honra nacional, se entregó á discreción, sentando un hermoso y sublime precedente sin igual en los fastos militares, y que ha merecido la admiración y el encomio de todo el mundo civilizado.

responsabilidades y cuidados del mando, era un poderoso y sublime ejemplo que exaltaba el ánimo, preparándolo para las grandes acciones; que servía como el poderoso dique para el descontento ó la indisciplina, y que ejercía en aquella situación tan llena de peligros y dificultades todo el ascendiente propio de las almas verdaderamente grandes.

De todas maneras, su actitud conveniente y resuelta en esta grave emergencia; sus antecedentes honrosos de liberal y demócrata distinguido; su manejo envidiable dentro de los muros de Puebla, y su digna y honrosa resolución de sucumbir de la manera que lo hizo, salvando el honor de la Nación y el lustre de sus armas, lo elevan y colocan muy alto en el concepto público, y lo hacen merecedor de ocupar un puesto distinguido al lado de los Hidalgo y los Morelos, de los Juárez y los Zaragoza, y de los demás ilustres hijos de México que forman su esperanza y su orgullo, y que más tarde serán la admiración y el ejemplo de la posteridad. [1]

1 Altamirano, el distinguido literato é insigne liberal, decía en una preciosa crónica escrita con motivo de la inauguración del camino de fierro á Puebla, en Septiembre de 1869, lo siguiente acerca del particular:

..... "Nosotros, esa tarde, en unión de los bohemios, recorrimos el extremo de la ciudad en que se contemplan los terribles vestigios del Sitio de Puebla por los franceses.

"Son espantosas aquellas ruinas, y sólo viéndolas puede uno formarse idea de lo que fué la Iliada de 1863, en que el patriotismo mexicano defendió con tan heroico valor el recinto sagrado de aquella plaza, cuya ocupación sólo facilitó al Ejército invasor la ventaja de posesionarse de una ciudad, pero no la gloria de haber vencido en buena lid á los soldados de México.

"San Javier es una criba, San Agustín un esqueleto, el Pitiminí un cementerio; y todos aquellos barrios vecinos son ruinas y yermos silenciosos en los que brota la hierba y anidan los pájaros nocturnos. Pasarán muchos años antes de que éstas gloriosas heridas de la heroica Puebla cicatricen y desaparezcan.

"La historia, la poesía, las bellas artes, debían ya haber inmortalizado las nobles y grandiosas ruinas que merecieron tantos recuerdos para los mexicanos."